

Con frecuencia se defiende que el artículo periodístico debería ser el quinto género literario y, según algunos, el fundamental durante el siglo XX y el actual. Tengo serias dudas, si bien sería imprescindible para poder tener en cuenta a ciertos autores, no sé, González-Ruano o Umbral, cuya escritura en los géneros tradicionales, sobre todo la novela, no está, a mi juicio, a la altura de su inmensa obra periodística constituida por miles de piezas en la prensa diaria.

No es el caso, claro, de Peter Handke. He disfrutado mucho con 'Contra el sueño profundo' (Nórdica, que ha editado también su ópera prima 'Los avispones') tal vez a causa de mi debilidad por su prosa, a la que tengo por excepcional, tanto en las novelas como en sus textos misceláneos o de anotaciones al desgaire, deslumbrantes, y aun en los momentos de sus digresiones poco digeribles. El libro es una selección mínima, procedente en general de periódicos y revistas, de cuatro décadas, nada menos, de práctica del ensayo de crítica sobre arte, literatura y política. El autor de 'Lento regreso' los denomina «escritos ocasionales» y abarcan comentarios sobre todos los géneros literarios, además de la pintura, la escultura o el cine: Egoyan, Tarantino, Godard o Truffaut.

Mi predilección, aparte de por el estilo, seguramente se debe a que, como señala la excelente traductora y especialista en literatura germana Cecilia Dreytmüller en el prólogo, su literatura no es para nada «condescendiente», siempre frente a blandenguerías e imposiciones de lo políticamente correcto, alérgica a capillas, cofradías y grupos de presión, aferrada a una independencia radical. Y como muestra val-

dría, al final del libro, su toma de postura totalmente a contracorriente en lo que respecta a la guerra «de secesión» yugoslava, con motivo del debate suscitado a raíz de haberle sido concedido el premio Heinrich Heine; o su relación a la vez de amor y de odio con su Austria natal, con un ataque inmisericorde al presidente Kurt Waldheim. En este terreno Handke es de los pocos intelectuales que quedan «dispuesto todavía a inmiscuirse en los asuntos públicos y capaz de plantar cara a la arrolladora maquinaria de opiniones prefabricadas de los medios», según Dreytmüller, que ha coordinado el reciente 'Peter Handke y España'.

Sin acercarse jamás a los lugares comunes, Handke se ocupa de escritores bastante curiosos, desconocidos por estos lares: como el ambiguo y contradictorio Franz Nabl, Nicolas Born –el título procede de una reseña de su segunda novela–, Klaus Hoffer, Hermann Lenz o el «poeta campestre» de finales del XIX Christian Wagner; o casi, como Ludwig Hohl, del que Minúscula tradujo 'Escalada'. Así como del poeta serbio Miodrag Pavlović, a quien equipara con Celan, Char o Machado, 'culpable' de su afición por el Numancia, o, quién lo diría, de Patricia Highsmith. Hay dos páginas fabulosas de acercamiento a Kafka, «la medida de mi escritura», al raro humor y a la aún más rara lujuria en la obra del checo.

Al igual que Handke, Jordi Doce activa y mejora, al adentrarse con lucidez y perspicacia en obras ajenas, el pensamiento del lector. Poeta sobresaliente y traductor de referencia, ha injertado, como en su día hicieran sucesivamente con la poesía anglosajona de su tiempo Luis Cernuda, Jaime Gil de Biedma y Claudio Rodríguez, la poesía en nuestro idioma del aliento lírico de voces poéticas de la posguerra en inglés desconocidas, o casi, por estos lares: Charles Tomlinson, Geoffrey Hill, Ted Hughes y, en cierto modo, Seamus Heaney, cuya huella empieza a ser apreciable en lo más granado de la poesía española joven. Una muestra inmejorable de esta labor son los artículos literarios, la mayor parte publicados en revistas, particularmente en 'Cuadernos Hispanoamericanos', y en algunos suplementos de periódicos, incluido este mismo, de 'Curvas de nivel' (La Isla de Siltolá).

En este volumen, Doce reúne, no por orden cronológico sino por afinidad temática, «la crítica de ideas, el apunte informativo, la remembranza elegiaca y el divertimento poético». El propio autor indica también en el prefacio que su intención de partida fue siempre la de informar, si bien el tono elegido acerca los textos



UN  
ÁNGULO  
ME BASTA

FERMÍN  
HERRERO



# FRONTERIZO

Entre el artículo y el ensayo



A la izquierda, Peter Handke. A la derecha, arriba, Jordi Doce, debajo, Emmanuel Carrère.

■ EL NORTE

«al ensayo o al apunte diario». Así es, el estilo, depurado sin excesos, favorecido por una mirada más objetiva y fecunda –al menos teñida de cierta «lejanía extraña»–, fruto de sus estancias en la isla, tiene la capacidad, que él atribuye a Octavio Paz, de deslumbrar y, a mayores, iluminar. Doce escribe con mucha propiedad, de forma al unísono docta y apasionante, precisa y alada, da gusto leerlo, bien hable del ejercicio de la traducción desde una cuando menos curiosa de Antonio Machado, del mundo de ayer derrumbado de Stefan Zweig o de la impostura y la apropiación indebida a propósito de Jorge Luis Borges.

Por entresacar alguna de las valiosas aportaciones del libro: los retratos de poetas románticos menores, en absoluto despreciables, como Southey –injustamente vilipendiado por Shelley y Byron, y por la modernidad, que ha impuesto como taras poéticas el oficio y el esfuerzo– o Lamb, noctívago y componedor, resabiado e histriónico; dos fascinantes acercamientos al enigma Shakespeare, a partir de catas en sus estudiosos, para deslindar secretos de realidades, hechos de conjeturas; una soberana lección de poética; la historia con su puntillo humorístico de los poetas laureados; la visión de lugares acogedores como una librería en su venerado Chelsea o Chillida-Leku. Ni siquiera rehúye, y sale airoso, enfangarse en el panorama cultural patrio o en el matrimonio Plath-Hughes, para desmitificar, cargado de razones, la imagen tópica de la primera.

Los escritos sueltos, de circunstancias, «representan probablemente la forma más directa y corta de entrar en el universo espiritual-moral», acudo otra vez a Drey Müller, en la extensa e intensa obra de Handke, sin duda una de las más sustanciales de la literatura hodierna. Para los seguidores de otro narrador actual de culto, que sin duda ha elevado el periodismo a rango literario, Emmanuel Carrère, el mismo festín suponen los artículos y textos breves agrupados en 'Conviene tener un sitio adonde ir' (Anagrama), porque, además, en algunos están en fase embrionaria sus novelas más celebradas: 'Limónov', 'El reino' o 'El adversario'. El libro evidencia sus múltiples intereses, que acaban cuajando en las diversas direcciones narrativas de este maestro de la fusión de crónica y narrativa, de la novela de no ficción o documental, que aquí remonta a 'A sangre fría' de Truman Capote.

Carrère comparte con Doce, por añadidura, el rigor y la amenidad, en la línea del clásico 'enseñar deleitando'. Se muestra como un reportero brillante, minucioso, tanto al inmiscuirse «como cronista judicial



**CONTRA EL SUEÑO PROFUNDO**

Peter Handke, *Nórdica*, 256 pp., 21,50 €.



**CURVAS DE NIVEL**

Jordi Doce, *La Isla de Siltolá*, 408 pp., 16 €.



**CONVIENE TENER UN SITIO ADONDE IR**

Emmanuel Carrère, *Anagrama*, 424 pp., 23,90 €.



**EL TIEMPO REGALADO**

Andrea Köhler, *Libros del Asteroide*, 168 pp., 14,95 €.

**Andrea Köhler se alía en 'El tiempo regalado' con el Handke de 'Ensayos sobre el cansancio'**

**Carrère comparte con Doce el rigor y la amenidad en la línea del clásico 'enseñar deleitando'**

aficionado» en el resbaladizo terreno de los sucesos, del infortunio en general, como en un 'trip' desasosegante por la Rumanía post-Ceausescu donde todo era posible, con sus aberraciones aún intactas. Y en especial en los reportajes

sobre la convulsa, cambiante y desmadrada Rusia, igual de demoledora su paráfrasis de los horrores sin parangón del comunismo que la de la ley de la jungla con Yeltsin o bajo la bota de Putin. O el excepcional sobre Davos. Otrosí merecen destacarse una conversación echada a perder con su idolatrada Catherine Deneuve; una serie de desopilantes relatos amorosos entre el embrollo, la castidad y la pornografía amable; la recensión de un trimestre imbuido en Balzac o las aproximaciones a 'Moll Flanders' del periodista puritano Daniel Defoe o a la narrativa de ciencia-ficción de Philip K. Dick. Pero ahora recuerdo la mujer con sida y su inaudita relación con una fotógrafa chicana o una peculiar pintora y cineasta. Cualquiera de los personajes que retrata es inolvidable. En fin, un cajón de sastrería sugestivo en extremo.

Me temo que me he quedado sin espacio suficiente para ponderar en sus justos términos las virtudes de 'El tiempo regalado' (Libros del Asteroide) de la joven alemana Andrea Köhler, que el narrador Richard Ford tildó de irresistible. Tal y como adelanta el subtítulo se trata de un ensayo completo y demorado sobre la espera, desde la definición del diccionario a la metafísica más acuciante, que es como decir del tiempo, siempre subjetivo, sea regalado o perdido, en su transcurso. Entre las «infinitas formas de demora» Köhler encara la propia de la niñez, absoluta, sin recelo; la del miedo al abandono que genera la ausencia, si es amorosa con su incertidumbre e impotencia, con su decepción o sorpresa; la de la enfermedad con su dureza; la del anhelo, la del tedio, la de la exclusión, la de la condena, la del destino, la del viaje o la del correo electrónico, la de la escritura, la de la holganza o el esparcimiento, la de lo religioso, en fin, en la que, como es natural, desemboca.

Nunca recurre al facilismo o a trampantojos intelectuales y evita el alarde y el aire académico o profesoral, que siempre lastra, y eso que recurre a quienes más han calado en el asunto dentro de la literatura y el pensamiento occidentales: las primeras referencias, por orden alfabético, de la bibliografía son Anders, Barthes, Baudelaire, Beckett, Benjamin, Blanchot, Blumenberg, Borges, Celan y Cioran. Ahí es nada. Y, entre otros, refuerzan sus impresiones personajes de Stendhal, Flaubert y Proust. O decisivas parábolas kafkianas y bíblicas. Se alía, por cierto, con el Handke de 'Ensayo sobre el cansancio', apologeta de la parsimonia y «amante de la espera», para habitar «lo gratificante de la lentitud». La misma que puede degustar el lector en los libros citados.